

COMENTARIO

El señor ministro interino de la Hacienda, también interina, de este Gobierno interino al servicio de unas instituciones interinas ha ido a Orense a predicar... ¿qué? Nosotros no lo sabemos; acaso él tampoco lo sepa. Porque lo característico de estos calamistas domesticados, de casa y boca también, es, contra lo que creen muchos, que no saben lo que se proponen. O que se pasan de listos, lo que es igual.

El Sr. Ventosa empezó diciendo en Orense que se felicitaba del manifiesto divorcio que existe hoy entre los gobernantes y el pueblo. ¡Alto aquí!

Para que haya divorcio entre dos personas es menester, primero, que esas personas existan, y segundo, que hayan estado alguna vez unidas. No sabemos cuándo hayan estado unidos en España el pueblo y el Gobierno—no decimos «su» Gobierno, el del pueblo mismo—; pero sabemos que hoy no hay Gobierno, y, sobre todo, que no hay pueblo.

La no existencia de un pueblo, de un pueblo civil, de un verdadero pueblo hoy, en España, nos parece incontrovertible. Apenas si empieza a haberlo, y tan desperdigado y tan dividido y tan desorientado que es como si ni aun ese poco de incipiente pueblo existiese.

Porque una turba, una masa, por bien disciplinada y organizada que esté, no es un pueblo. Un ejército no es siempre pueblo, aunque un pueblo con armas pueda hacerse, y aun improvisarse, ejército. Es más; aun sólo por improvisación puede un pueblo hacerse ejército. De otro modo, la labor de hacerle ejército le priva de hacerse pueblo.

En España no hay apenas pueblo consciente de sí y de sus destinos. Acaso si España hubiese tenido que ir a la guerra—¡ojalá!—habría cobrado conciencia histórica de sí misma y de su destino, de su civilidad y de su civilización. Pero no ha sido así, y está hoy dando al mundo el más vergonzoso y abyecto espectáculo de cobardía y de total ausencia de sentimiento público de la propia dignidad colectiva. Y puede ser que todavía quede por allí algún desgraciado que repita lo de ¡viva España con honra! A nosotros, españoles que nos duele España, se nos hace sospechoso hasta el simple grito de ¡viva España! Y tememos que llegue día en que la mejor manera de ser español será ocultando uno que lo es y avergonzándose de que lo sean otros.

Pero ya que la guerra, lejos de ha-

bernos servido para darnos conciencia pública de españolidad y del destino y valor históricos de nuestra patria, lo que ha hecho es sumirnos más aún en la servidumbre de nuestra abyecta cobardía y de nuestro más abyecto materialismo y en el delirio de los más asquerosos rencores hereditarios; menos mal si la paz empieza mañana a hacernos pueblo. Y no gracias a nosotros mismos.

Hoy Europa, la verdadera Europa, aquella que vive de la civilidad greco-romana cristianizada, está distraída en defenderse. Y aun dentro de cada nación, esa Europa tiene que defenderse de la barbarie panteística, de origen asiático, que a nombre de orden la oprime y sofoca. Y como esa Europa, la democrática, la de los pueblos, no la imperial, no la de los ejércitos, tiene que defenderse, no puede atender a lo que aquí, en este rincón semiafricano—y por africano, asiático—pasa. Y lo que aquí pasa, no pasa, sino que pesa.

No, no hay divorcio entre el Gobierno y el pueblo. Puede el Gobierno no hacer nada, que el no pueblo se estarán tranquilos. Lo que el no pueblo, la turba, quiere, con su no voluntad, es que el Gobierno no haga nada. Aunque no sabemos bien si el pueblo es que no quiere que el Gobierno haga algo, o si es que quiere que no haga nada. («Quiero que no hagas» no es lo mismo que «no quiero que hagas»). Lo mismo que «quiero que hagas», no es lo mismo que «no quiero que no hagas». Y esto es algo más que tiquismiquis lógicos.)

Y como aquí no hay pueblo, estas elecciones serán tan absurdas y disparatadas como las que más de las precedentes. Es decir, mucho más por no haber tampoco Gobierno. Y sólo nos queda un consuelo a los verdaderos patriotas, y es que, como se celebran bajo un Gobierno interino al servicio de unas instituciones interinas, sean unas elecciones interinas también. ¡Así sea, amén!

Aquí no puede haber unas elecciones algo firmes sino cuando después de hecha la paz la mirada de Europa pueda estar sobre nosotros, cuando pueda ejercer sobre nosotros una tutela espiritual Europa. Y en la que incluye, claro está, a América, que es hoy más europea que Europa. Y acaso nuestra salvación espiritual esté en llegar a ser, espiritualmente al menos, colonia de lo que fué nuestras colonias. ¡Y quién sabe si no tendrán que venir a salvarnos los mismos que libertaron de nuestro

desgobierno a nuestras últimas colonias americanas y asiáticas!

No esperamos nada bueno, absolutamente bueno, del próximo Parlamento. Será peor, por más incoherente, que los anteriores. Podrías esperar algo de las elecciones si éstas se encrepasen.

El deber del próximo Parlamento es el de suicidarse. Y si no se suicida es que los viejos partidos han ganado la partida y que la renovación no es más que revejamiento.

Las elecciones se van a hacer como quien se dispone a apurar cuanto antes, y cerrando ojos y nariz, un trago amargo. Es una última carta que se juega una institución en ruina. Y lo peor es que no resolverá lo que trata de resolver con ellas. Porque estas elecciones son un acto de desesperada cobardía. ¡Y si no, al tiempo!

Miguel de Unamuno.

